

➤ 5 Domingo de Pascua (2010), Ciclo C. *El mandamiento nuevo*. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado». ¿Por qué es nuevo?: porque es según el Espíritu Santo, es decir, según el Espíritu de Cristo, que nos da la fuerza para ponerlo en práctica, y porque nos renueva, nos hace «nuevos». «Cómo yo os he amado»: tres características.

❖ cfr. Raniero Cantalamessa, «Echad las redes – Reflexiones sobre los Evangelios», Ciclo C

Edicep septiembre 2007. V Domingo de Pascua, pp. 140-145

Hechos 14, 20b-26; Apocalipsis 21; 1-5a, Juan 13, 31-33a. 34-35

o **Nuevo: una palabra que aparece repetidas veces en las lecturas de este domingo.**

▪ **Lo nuevo gusta porque, al no ser conocido y experimentado, da lugar a la espera, a la sorpresa, a la esperanza, al sueño.**

Hay una palabra que aparece repetidas veces en las lecturas de este Domingo. Se habla de «un nuevo cielo y una tierra nueva», de la «nueva Jerusalén», de Dios que hace «nuevas todas las cosas» y, en fin, en el Evangelio, del «mandamiento nuevo».

«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado».

«Nuevo», «novedad» pertenecen a aquel restringido número de palabras «mágicas», que evocan siempre y sólo sentidos positivos. Nuevo de estreno, nuevo o flamante, vestido nuevo, vida nueva, nuevo día, año nuevo. Lo nuevo hace noticia. Son sinónimos. En inglés, «noticias», *news*, no es más que el sustantivo de «nuevo», *new*. También, en castellano, «nueva», como adjetivo, significa una cosa nueva y, como sustantivo, una noticia. El Evangelio se llama «la buena noticia» precisamente porque contiene la novedad por excelencia.

¿Por qué nos gusta tanto lo nuevo? No sólo porque lo que es nuevo, no usado (por ejemplo, un automóvil), en general, funciona mejor. Si fuese sólo por esto, ¿porqué saludamos con tanta alegría al año nuevo, al nuevo día? El motivo profundo es que la novedad, lo que todavía no es conocido y experimentado, deja lugar más a la espera, a la sorpresa, a la esperanza, al sueño. Y la felicidad es precisamente hija de estas cosas. Si estuviésemos seguros que el año nuevo nos va a reservar exactamente las mismas cosas que el viejo, ni más ni menos, ya no nos gustaría más.

▪ **Nuevo no se opone a «antiguo» sino a «viejo». Asimismo, «antiguo» y «antigüedad», «anticuario», de hecho, son palabras positivas.**

Nuevo no se opone a «antiguo» sino a «viejo». Asimismo, «antiguo» y «antigüedad», «anticuario», de hecho, son palabras positivas. ¿Cuál es la diferencia? Viejo es lo que con el pasar del tiempo desmejora y pierde valor; antiguo es lo que con el pasar del tiempo mejora y adquiere valor. Por esto, hoy se busca evitar usar la expresión «Viejo Testamento» y se prefiere hablar, por el contrario, de «Antiguo Testamento».

▪ **Por qué es nuevo ese mandamiento. Es según el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo.**

a) porque sólo con Cristo ha sido proporcionada, también, la fuerza de ponerlo en práctica.

Con estas premisas acerquémonos ahora a la palabra del Evangelio. De inmediato, se nos plantea una pregunta: ¿cómo es que se define «nuevo» a un mandamiento, que ya era conocido desde el Antiguo Testamento (cfr. *Levítico* 19, 18)? Aquí vuelve a ser útil la distinción entre viejo y antiguo. «Nuevo» no se opone en este caso a «antiguo» sino a «viejo». Oíd qué dice el mismo evangelista Juan en otro fragmento:

«Queridos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo... Y sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo» (1 Juan 2, 7-8).

En suma, ¿un mandamiento nuevo? o ¿un mandamiento antiguo? Una y otra cosa. Antiguo según la letra, porque había sido dado desde hacía tiempo; nuevo según el Espíritu, porque sólo con Cristo ha sido proporcionada, también, la fuerza de ponerlo en práctica. Nuevo no se opone aquí, decía yo, a antiguo sino a viejo. Lo de amar al prójimo «como a sí mismo» había llegado a ser un mandamiento «viejo», esto es, frágil y acabado, a fuerza de ser transgredido, porque la Ley imponía, sí, la obligación de amar; pero no daba fuerzas para hacerlo.

Era necesario, por esto, la gracia. Y, en efecto, en sí, no es cuando Jesús lo formula durante su vida, por lo que el mandamiento del amor llega a ser un mandamiento nuevo, sino cuando, muriendo en la cruz y dándonos al Espíritu Santo, nos hace de hecho capaces de amarnos los unos a los otros, infundiendo en nosotros el amor que él mismo nos tiene para cada uno.

b) Es nuevo porque «renueva», hace nuevos, lo transforma todo.

El mandamiento de Jesús es un mandamiento nuevo en sentido activo y dinámico: porque «renueva», hace nuevos, lo transforma todo. «Es este amor lo que nos renueva, haciéndonos hombres nuevos, herederos del Testamento nuevo, cantores del cántico nuevo» (san Agustín, *Tratado sobre Juan* 65, 1). Si hablase el amor podría hacer suyas las palabras que Dios pronuncia en la segunda lectura de hoy:

«Todo lo hago nuevo».

o «Nuevos cielos y nueva tierra: no debemos esperar a que termine este mundo para que vengan, ya que se instauran allí donde hay un acto de amor.

Todos deseamos unos «nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia» (2 Pedro 3, 13). La palabra de Dios nos desvela cuál es el secreto para dar prisa a su venida. Un poco de cielo nuevo y de tierra nueva se instaura allí donde viene colocado, aunque escondido y pequeño, un acto de amor. No debemos esperar que termine este mundo, para que vengan los cielos nuevos y la tierra nueva. Estos aparecen cada día. Depende igualmente de nosotros el hacerlos venir.

Y no es necesario ni siquiera que este amor esté siempre inspirado explícitamente por la fe en Cristo. Cuando es genuino y desinteresado, el amor no prescinde nunca del todo de Cristo, quien lo ha hecho el núcleo central de su Evangelio. La condición, que Jesús ha puesto a la caridad hacia el prójimo, no es que sea hecha por amor suyo o en nombre suyo, sino que sea hecha. Ha declarado como hecho personalmente a él lo que se hace al más pequeño de los suyos.

o Es necesario contar con Cristo, con su ejemplo y con su gracia, para amar al prójimo durante mucho tiempo y desinteresadamente.

No obstante, no es ciertamente indiferente y sin consecuencias el hecho de rehacerse o no con Cristo y poder contar con su ejemplo y con su gracia. No es fácil para nosotros amar al prójimo, amarlo durante mucho tiempo, amarlo desinteresadamente, sin un motivo superior. Es una cosa absolutamente por encima de nuestras fuerzas. La Madre Teresa de Calcuta decía que, sin el contacto cotidiano con Jesús en la Eucaristía, ella no habría tenido la fuerza para hacer cada día lo que hacía. Una vez, un periodista extranjero, después de haber observado cómo curaba las llagas de ciertos enfermos y se inclinaba sobre los moribundos, exclamó horrorizado:

«Yo no lo haría por todo el oro del mundo!» A lo que ella respondió:

«Ni siquiera yo» (Se entiende: por todo el oro del mundo, no; pero, por Jesús, sí).

o «Cómo yo os he amado». Tres características.

▪ a) amar «en primer lugar» (1 Juan 4, 10)

Es importante, por lo tanto, tomar en serio la explicación que sigue al mandamiento: «*como yo os he amado*, amaos también entre vosotros». ¿Cómo ha amado Jesús a los hombres? La Escritura señala, al menos, tres características. Nos ha amado: «en primer lugar» (1 Juan 4, 10); nos ha amado «mientras éramos enemigos» (Romanos 5, 10); nos ha amado «hasta el fin» (Juan 13, 1). A propósito del amar «en primer lugar», Jesús ha dicho:

«Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener?... Y sino saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular?» (Mateo 5,46-47).

A veces, se les oye decir a las personas: «Yo no lo saludo porque él no me saluda», sin pensar que el otro está diciendo posiblemente la misma cosa. Si nadie rompe el hielo, el hielo no hace más que consolidarse. Jesús nos empuja a dar nosotros el primer paso. Si dos personas deciden contemporáneamente dar el primer paso (imaginad la escena), el resultado es que terminan..., una en los brazos de la otra. Quizás con una risotada liberadora.

Este consejo es necesario que comencemos a ponerlo en práctica, ante todo, en familia, especialmente en las relaciones entre marido y mujer. Muchas dificultades y muchas crisis matrimoniales

nacen del hecho de que cada uno espera que sea el otro en ofrecer la primera sonrisa después de una contienda o que diga la primera palabra de reconciliación. Sería necesario convencerse que no es humillante preceder al otro sino dejarse adelantar por el otro; no llegar primero sino llegar segundo.

▪ **b) amar «mientras éramos enemigos» (Romanos 5, 10).**

Jesús nos ha amado, además, «mientras éramos enemigos» (*Romanos 5, 10*). ¡Dificultad sobre la dificultad! Amar a los enemigos: este es, sobre todo, el punto en donde el mandamiento de Jesús se revela «nuevo». No sólo porque se trata de una exigencia nunca adelantada primeramente en alguna religión, sino, más aún, porque con su ejemplo y con su gracia Jesús ha creado hasta la misma posibilidad de amar igualmente a los enemigos. Gracias a él, nosotros no sólo *debemos* sino que *podemos* amar a los enemigos. ¿No consigues amar a un enemigo tuyo o a uno que te ha hecho mal? No te preocupes; nadie lo consigue. Lo que debes hacer es pedir a Jesús que te dé «su» amor para con los enemigos; para que te ayude él a hacerlo. La oración, que san Agustín hacía para obtener la castidad, se puede hacer también para obtener el amor hacia los enemigos: «Señor, tú me pides amar ami enemigo. Pues bien, ¡dame lo que me pides y después pídemelo lo que quieras!».

▪ **c) nos ha amado «hasta el fin» (Juan 13, 1).**

Una última cosa: amar «hasta el fin». ¿Qué significa? Dos cosas: en cuanto a la intensidad, amar hasta la prueba suprema de dar hasta la vida; en cuanto a la duración, amar hasta el último respiro. Es éste el sentido que tiene la expresión aplicada a Jesús:

«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Juan 13, 1).

Todos somos capaces de gestos generosos; pero, cuando se trata de perseverar en el amor y de ser constantes ¡cambian las cosas! Este tipo de amor, que tiene la valentía de recomenzar desde el principio cada día con la sonrisa en los labios, incluso entre las dificultades, brilla en las personas que trabajan por vocación en instituciones para los enfermos más graves. Pero, también, entre los padres que durante años y años han tenido un hijo con algún *handicap* o enfermo en casa se encuentran ejemplos luminosos, que llenan de admiración.

Amar hasta el fin, sin esperar nada: nos vendría la tentación de decir que todo esto está fuera de la realidad y que es hasta injusto para consigo mismo. Buscar el bien sólo de los demás: ¿es posible?, ¿es justo? Cuando pensamos así olvidamos que en realidad entre los dos, el que ama y el que es amado, quien más gana precisamente es el que ama. El amor enriquece, abre nuevos horizontes impensados para quien lo facilita; aclara la vida y, lo que más cuenta, nos hace asemejarnos a Dios.

Me gusta terminar con algunos versos de una poesía inglesa:

«Hay quien dice que el amor es un río,
que dobla la caña sobre la orilla.
Hay quien dice que es una navaja de afeitar
y lo que toca lo hace sangrar.
Hay quien dice que el amor es hambre,
necesidad que duele y nunca se apaga.
Yo digo que el amor es una flor y tú su única semilla».